

favor de sus ideas. Y el mes prestábase á maravilla para organizar procesiones populares, pues abundaba en recuerdos que trae á pública colación y en aniversarios gloriosos que conmemorar en el desarrollo épico de la revolución francesa. Sus días presenciaron el empeño porfiado entre los antiguos tres brazos, defendiendo cada uno los privilegios respectivos y llegando todos á desembocar en la clase menos pudiente, y más poderosa en el pueblo. Así, fáciles conmemoraciones de los que habían dicho: los grandes nos parecen grandes por que los miramos de rodillas, pongámonos en pié; de los que habían despedido al enviado de la majestad real, quien, á separarse los conjuraba exclamando que se había en aquel sitio congregado por voluntad del pueblo y saldrían sólo con las bayonetas en el vientre; de los que habían estatuido institución al progreso tan propicia como el Parlamento moderno; de los que habían en fundamental código formulado todas las ideas progresivas; de los que habían erigido una verdadera nación allí donde sólo se hallaba una triste realeza; de los que, despedidos del palacio y congregados en el Trinquete, supieron reconocerse, como procuradores de Francia, soberanos, jurando no separarse hasta constituir su patria y diciéndose Asamblea constituyente, la cual sólo puede compararse con aquel cenáculo de Jerusalén, aquel cenáculo de los Apóstoles, en que llovió el Espíritu Divino sus lenguas de fuego, y se abrió la corriente con la Iglesia y con el cristianismo.

Como siempre que se intenta cualquier insensata reacción, provocóse por aquel tiempo una serie inacabable de acciones revolucionarias. Los girondinos, impulsados por la corte al desquite, propusieron el desarraigo absoluto de todas las prestaciones feudales dejadas en pie todavía tras el Congreso Constituyente, y los dantonianos intentaron un sistema de impuestos por cuya virtud pagasen menos los pobres y más los ricos. No puede hacerse caso del juicio de los contemporáneos cuando refieren los humanos adelantos y los generales progresos. Estas dos medidas, y si no medidas, estos dos propósitos, se toman por las escuelas reaccionarias como dos ataques al principio de la propiedad y al principio de la renta, encaminados por sus autores á granjearse popularidad. No es oro todo lo que reluce. Algún deseo de granjería popular hubo en las sendas manifestaciones del espíritu revolucionario; mas, la temeridad increíble del Rey levantó los ánimos á la temperatura en que todos estos instrumentos del progreso humano se forjan y todas las resistencias reaccionarias se caen por tierra. Y así estaba en el natural orden de las cosas y en el encadenamiento lógico de las ideas que una extrema parte de la revolución explotase tal coyuntura, favorable á sus propios designios, y llevara las reformas á sus últimos extremos. Ahora, en este momento de la Historia, trae por fuerza el impulso político la indeclinable aparición del revolucionario por excelencia, del enérgico y formidable Dantón. Un hado adverso le persigue al comienzo de su carrera. Ni los electores primeros lo llevan al Congreso Constituyente, ni los electores segundos lo llevan al Congreso Legislativo. Para entrar en el municipio necesitó que lo empujara el burdo maquiavelismo de Palacio. Es-

taban en la Municipalidad los constitucionales, y la presidía el dulce Bailly muy parecido á los progresistas españoles en que, amando todas las libertades, creía seguro de tanpreciado bien el trono, aunque su mucha ciencia y sus muchas supersticiones científicas le separaran del altar. ¡Cuánta distancia entre un liberal templado, como Bailly, para responder de París, y un casi republicano, como Pétion, de la Gironda, con inclinaciones jacobinas! Y, junto con Pétion, junto con este revolucionario casi platónico, entró en el Municipio parisién un revolucionario de pelo en pecho como Dantón, y fué así regidor otro supersticioso de las ideas revolucionarias é inclinado á soluciones extremas. La mayoría del comicio parisién aun era monárquica y constitucional, y pudo mantener á los partidarios de la Monarquía y de la Constitución. La pesimista Reina, queriendo sacar del extremo mal el extremo bien para ella, decidió que sus numerosos amigos votasen el Ayuntamiento de los radicales, y no el Ayuntamiento de los templados. Desde tal día fué una barricada erigida por la corte ciega, el Ayuntamiento de París contra el trono de Francia. Para comprender la carrera de los hechos, debe pararse uno en este punto con espacio y ver cómo sucede la Municipalidad á la Realeza. El fuerte Dantón debió á la política de Palacio este fortín, quizás de otro modo cerrado por siempre para él. Allí encendió la fragua de su pasión terrible; allí forjó el rayo de su elocuencia fulminante; allí frunció las cejas con sublime frunce; allí agitó la cabellera; y, así no hizo estremecer, como el Júpiter de Homero, solamente las esferas, derribólas por tierra con crímenes, horribles, en verdad, pero sugeridos todos ellos por una ciega pasión y un amor exaltadísimo á la patria, puesta en peligro de muerte por la coalición de los Reyes europeos, apoyados dentro en la traición enorme á Francia de todos los partidos reaccionarios. Dantón había fundado, no frente al club jacobino, junto al club jacobino, el franciscano. Y este club franciscano significaba un reemplazo del Verbo por la acción. Robespierre no hacía más que discurrir, mientras Dantón, por su parte, no hacía más que organizar. El primero escribía disertaciones sin fin; el segundo daba voces de mando, tan breves y concisas como las empleadas por los generales en dirigir sus evoluciones ó maniobras militares. A un hombre de tal temple se le presentaba la mejor ocasión de acerar su voluntad y esgrimir la en defensa de sus dos religiones, la revolución y la patria. La corte vencida por los girondinos rechazados sobre la revolución, el pueblo encendido en ira, los extranjeros sobre la frontera, los facciosos aparejando sus armas, el extremo de la nobleza y el extremo de la clerecía exacerbados, una gran parte de la gran federación brotada de los primeros momentos revolucionarios, malherida por los odios de la corte; no podía pasar hora tan propicia como aquella ciertamente, para intentar una revolución y conducirla, con mezcla de prudencia y atrevimiento, á sus últimos extremos. Para esto ninguno como Dantón.

No estaban todos los avanzados en la nerviosa tensión del gran orador, ni querían se-

guir sus resoluciones extremas. El mayor discípulo de la escuela dantoniana Camilo Desmoulins, contenía sus ímpetus y alzaba su voz al diapasón señalado por el desabrido Robespierre. No pudo éste jamás ver á los girondinos ni en pintura. Juzgaba su fantasía, demencia; sus exaltaciones, ambición; su patriotismo, tropo; su moral, utilidad; su arte, fábula; su política, juego; su proceder, una doble traición, así á la causa del trono, seducido, como el pueblo, engañado, puestos en contacto por su perfidia para hundirlos y quedarse disponiendo de todos y disponiéndolo todo. Así, juzgaba, no había para qué dolerse mucho de su expulsión, cuando con ella ganaban el trono y el pueblo. Poco ameno en su estilo, aunque muy pagado de su aptitud literaria, no se ocultaba, cuando le convenía, la superioridad del buen Desmoulins y el atractivo con que llamaba lectores á todo cuanto proponía y sustentaba. Con este fin, y para contradecir un poco la corriente popular, encárgole á Camilo el ministerio de sustentar y defender cómo no valía el tropiezo de los girondinos la pena de una revolución. Según él, toda violencia prosperaba la reacción y servía la causa de los emigrados. Una insurrección formal perdería todo; y sólo podía tolerarse, y eso con reservas, una revolución de apremio, una revolución verdaderamente conminatoria. El apego al Código fundamental era para el buen Camilo, tan fanatizado por la República, el mejor de los acuerdos y de los afectos políticos. Este nombre de Constitución le parecía tan poderoso á reunir los franceses en aquel siglo décimo-octavo, como en el siglo duodécimo la invocación al Papa. En el fondo la detestaban, detestaban esa Constitución, tan querida por lo que decían los labios y percibían los oídos, como un sacramento por los fieles, lo mismo el partido constitucional que el partido revolucionario; mas alcanzaban todos á una que tocarla equivalía de suyo á tocar el Arca santísima en la Tienda del Dios de Judá. Citados los marseleses y todos los milicianos de resolución para el 14 de Julio, allí, en aquel instante supremo, debía estallar la revolución, mas por el infortunio de los brissotistas, no había para qué intentarla. Todos los reaccionarios querían dos Cámaras, según Camilo, para ellos en el salón instalarse, y dejar al pueblo las antecámaras. Y así, querían extraer sus castañas del fuego con la uña del gato. Pero si los revolucionarios se negaban, hábiles y avisados, á sus planes, era segurísimo que ni Lafayette, ni su primo, el reaccionario Bouillée, podían reanudar sus intrigas, ni coger en sus redes al pueblo. Y añadía que, no pudiendo evitar manifestaciones, fuesen tranquilas éstas, y se mostrara por todos un grande amor al Código fundamental. Pudriéndose á diario la Monarquía, por culpa del Monarca, la vida de éste parecía más preciosa cada día, y aconsejaba que lo disecasen, si morir llegase, para que á diario despidiese un ministerio patriota y llamara sus ministros de Coblenza; con lo cual, á más andar, se acercaba el instante supremo de la República. Recordad, exclamaba, que las naciones más libres son también aquellas más esclavas de sus leyes. Hasta este punto el buen Camilo. Pero, en vano se fatigaba. El alcalde Pétion, casi girondino, y su procurador, el fuerte y

audaz Dantón, habían decidido escoger la fecha del célebre juramento á la nación, para urdir una de esas grandes manifestaciones que dejan indelebles huellas en el espacio y en el tiempo.

Inútilmente Camilo predicaba la paz, pasando á lo sumo, por una restricta manifestación, desahogo, no comienzo, de las revoluciones en puerta. Dantón había resuelto desde su municipal sede que repercutiera en los Monarcas el golpe asestado por los Monarcas mismos á la Gironda; y nadie podía retenerlo en sus resoluciones, tanto más cuanto que sabía llevarlas á cabo una extraordinaria circunspección y prudencia, moderadoras de su audacia. Teniendo, como tenía la Municipalidad á su arbitrio, bien estaba Dantón en el caso de hacer cualquier maniobra, y sobrepujar, con su estatura moral de gigante, así el coro ateniense de los girondinos como la conventual y casi jesuítica manada de los robespierristas. Manejaba un instrumento, de suyo tan útil á la común causa, como el buen alcalde Pétion; y en todas direcciones lo esgrimía, esgrimía el grande poder político suyo, según el propósito, verdaderamente dantoniano, de ampliar la revolución, llevándola, en lo posible, á sus últimos extremos. Con esto y con todo, nada hubiera hecho sin los errores tremendos, verdaderas provocaciones á una segunda revolución de la política cortesana. El reto en la frontera del irruptor, amenazando á la patria, determinó la nueva revolución y trajo todos los errores del terror. Pero, en estos instantes supremos no sucedía lo que sucedió un poco más tarde; no estaba patente la traición de arriba para traer el extranjero, estaba patente la conjuración de abajo para imponer al rey un ministerio que no era de su gusto, cada vez más holgado con la nueva situación y más enemigo de la precedente, por no dejarle vivir ni descansar con sus ministros estoicos sin hebillas en los zapatos; con sus generales intrigantes, unos á las ordenes de Madame Roland, y otros á las ordenes de sus propios intereses y caprichos; con disposiciones como el destierro de los curas ortodoxos, como el licenciamiento de los guardias reales, como el campo atrincherado, á los revolucionarios ofrecido, para que ampliasen más y más una revolución, al Rey de todo punto insufrible. Y, sin embargo, hay que decirlo, por ser una verdad como un templo, nadie soñaba, ni aun arrojada del poder la Gironda, con traer la República. Madame Roland, hé ahí la Musa republicana; Condorcet, hé ahí el filósofo republicano; Vergniaud, hé ahí el orador republicano; Brissot, hé ahí el político republicano; los demás revolucionarios, sin excluir á quien pasa por más exaltado y loco de todos, sin excluir á Marat, no querían oír de la forma republicana ni una palabra. No así Pétion; perteneciente á los caracteres intermedios, como ciertos eslabones de la organización universal, que tienen la mitad del cuerpo con una especie inferior y la otra mitad en una especie superior; estaba con los republicanos y con los realistas, entre los girondinos y los exaltados, perteneciendo una parte de su sér á la Gironda, y otra parte de su sér á la secta jacobina contraria del todo á la Gironda. Bien es verdad, que no escondía estos caracteres de su pen-